

# Vivir habitando “lugares”.

## El lugar de la memoria en la razón viviente poética-pictórica de María Zambrano\*

Recibido: 14/04/2023 | Revisado: 21/01/2024 | Aceptado: 05/02/2024  
DOI: 10.17230/co-herencia.21.40.12

María Carmen López Sáenz\*\*

**Resumen** En este artículo procederemos, en primer lugar, a clarificar las características de la razón poética de M. Zambrano en relación con la vida, la historia y, por ende, con la razón vital-histórica de Ortega y Gasset. A continuación, mostraremos de qué modo la primera incluye la *poiésis* de la pintura. Veremos entonces la relación que la “razón poética-pictórica” guarda con la memoria, así como el tipo de memoria que la filósofa reivindica en comparación con uno de los filósofos a los que leyó desde su juventud: Henri Bergson. Al hilo de esta exposición analizaremos el sentido que la pensadora le otorga al “lugar”, con el objeto de descifrar el título de su obra “Algunos lugares de la pintura”. Solo así lograremos entender la preocupación zambrana por abrir lugares espaciotemporales habitables en los que detenerse a contemplar. Nos preguntaremos en nuestra conclusión si esto es todavía posible en la era de la información.

### Palabras clave:

Bergson, Ortega y Gasset, persona, razón poética, sentir originario, fenomenología.

## Live Inhabiting “Places”. The Place of Memory in the Poetic-Pictorial Living Reason of María Zambrano

**Abstract** This paper analyses, firstly, the main characteristics of Zambrano’s poetic reason in relation to life, history and, consequently, with the vital-historical reason of Ortega y Gasset. Next, the article shows how this reason includes the *poiesis* of painting. We will then see the relationship that “poetic-pictorial reason” has with memory as well as the type of memory that the philosopher claims in comparison with one of the philosophers she read from her youth: Henri Bergson. Along the li-

\* Este trabajo ha sido elaborado en el marco del proyecto de investigación “La filosofía iberoamericana del siglo XX y el desarrollo de una razón plural”, PID2022-138121 NB-I00.

\*\* Catedrática del departamento de filosofía de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid. España. ORCID: 0000-0003-4207-0579

nes of this explanation, we will explain the meaning that the thinker gives to “place” in order to decipher the title of her work, “Algunos lugares de la pintura”. Only in this way will we be able to understand the Zambranian interest in opening up habitable space-time places in which to pause in order to contemplate. We will ask ourselves in our conclusion if this is still possible in the information age.

**Keywords:**

Bergson, Ortega y Gasset, original feeling, person, poetic reason, phenomenology.

## **Qué es la “razón poética” de María Zambrano. Su relación con la historia**

Es habitual presentar a Zambrano (1904-1991) como una discípula de Ortega y Gasset, en efecto, así lo reconoció ella misma. En este trabajo investigamos su propia obra que, como es lógico, dialoga -aunque no siempre los cite- con otros pensamientos, en especial con los que ella considera heredados de sus maestros.

De acuerdo con sus propias palabras, la filósofa señala dos núcleos en su producción (2012c [1987], p. 92): (1) *Filosofía y poesía*, la obra que escribió en su primer lugar de exilio, en Morelia (México), durante nueve meses de 1939, una vez acabada la Guerra Civil española. Fue en esta ciudad michoacana donde se gestó su razón poética (Moreno Sanz, 2010). (2) *Pensamiento y poesía en la vida española*, obra que publicó Zambrano en México en el mismo año (1939).

Antes de emprender este primer exilio, en 1934 y todavía en España, la pensadora había publicado “Hacia un saber sobre el alma” en la *Revista de Occidente*, fundada en 1923 por Ortega y Gasset. Cuenta Zambrano que Ortega comentó la aparición de ese escrito con las siguientes palabras: “No hemos llegado todavía aquí y usted de un salto, se planta más allá” (2012c, p. 92). Su maestro le reprochaba de este modo su falta de objetividad. Reflexionando acerca de ello, la filósofa llegó a la convicción de que ahí terminaba su discipulado, pues no había llegado a entender la razón vital orteguiana que ella creía expresar con la razón poética. En la comprensión de esta despedida, no podía contener las lágrimas mientras caminaba por la Gran Vía madrileña.

Nuestra tesis es que la lectura detenida de los escritos zambranianos pone de manifiesto que la razón poética no es una mera expresión de la razón vital, y que razón y expresión están unidas en esta autora, de modo que, en su obra, la poesía no es una forma acabada y determinada que pueda tomar la razón, sino que esta última es ya *poiética* y “la *poiésis* es expresión y creación al mismo tiempo” (Zambrano, 2008c [1944], p. 53). Esta simultaneidad no es casual, sino resultante de la interacción entre razón y expresión que le permitió a Zambrano convertir la razón vital orteguiana en una razón tan trascendente como aquella, aunque más ancha: una razón viviente.

Zambrano consideraba que la transformación orteguiana de la razón vital en razón histórica había sido un error filosófico, y abrazaba todavía la razón vital porque su impulso y energía facilitaban su extensión a todas las dimensiones de la vida, ya que era “una razón en marcha, una razón que se mueve como la vida” (2006a, [1956], p. 132). La pensadora no renuncia a este movimiento y ensancha la razón para que abarque toda la vida del ser humano. Su razón no se limita, por consiguiente, a conceptualizar la vida, sino que se hace con ella y, en tanto *poiética*, es generadora (transformadora y creadora).

La razón en la que piensa Zambrano no es tanto una facultad humana como una razón originaria y, principalmente, la razón del orden que “está desde un principio, desde antes del comienzo” (1989 [1977], p. 12). No se trata de un producto del yo, sino de una razón capaz de transformar al individuo, sus relaciones con los objetos, e incluso el método. Es la razón que se encuentra en las profundidades y que se le revela al ser humano. En ese sentido mundano de “revelación”, casi al final de su vida, decía Zambrano que se le habían descubierto tres modos de razón: la cotidiana, la mediadora y la razón poética que, “siendo la más generadora, aparece en un ensayo llamado ‘Hacia un saber sobre el alma’” (2014b [1987], p. 720). Añadía que la razón mediadora germinaba asimismo en esta obra, aunque fuera expuesta en *El pensamiento vivo de Séneca* (1941). En 1980, la filósofa matiza explicando que fue en un escrito de 1937 donde habló de la razón poética para referirse a la “médula” de la escritura de Machado, en la que poesía y razón se complementan (2014a [1980], p. 591). Agrega que la razón

poética “ha dado entrada a otras modalidades de Razón como la razón mediadora” (2014a, p. 592).

J. L. Moreno (1996, p. 148) señala que la razón mediadora se pone de manifiesto al mismo tiempo que las preocupaciones políticas zambranianas, entre 1928 y 1934 y que, en 1965, se convierte ya en estricta razón poética. En nuestra opinión, esta última es una profundización de la razón mediadora nunca abandonada, una razón que quiere ir más allá de la estrechez de la razón racionalista descarnada y también de la intuición directa que se cree autosuficiente. Por tanto, como he señalado en otro trabajo (López, 2013a), ambas modalidades de la Razón están imbricadas, pues la razón poética media entre los contrarios tradicionales (razón y poesía, universalidad y singularidad, actividad y pasividad, lo exterior y lo interior, sentir y pensar, intuición y expresión). Resulta ser así verdadera heredera de Hermes, mensajero de Zeus, mediador entre dioses y hombres. Su “camino” hermenéutico se aviene con la narración que, para Ortega, era el método de la razón histórica.

No basta, sin embargo, con mediar y relatar lo que sucede, sino que hay que aprehenderlo primero y, como dice Zambrano (2006b [1956], p. 143), “la poesía debe ser incluida en la razón vital por llevar consigo un modo de captación -un ‘método’- [...]”. Tal y como lo entendía la autora, este método es el cauce de la vida hacia la verdad. La Razón saca a la luz esa verdad y así nos reconforta de nuestro pasar con el tiempo, ya que hace que ambos, el cauce y la verdad que hemos acogido desde nuestro interior, no sean nunca dejados atrás, sino que permanezcan imbricados.

Desde su surgimiento, la filosofía ha considerado que “sacar a la luz” e iluminar son funciones esenciales de la razón. Ahora bien, la luz de la razón poética y mediadora no se impone como luz cegadora, sino que, como la luz auroral, es capaz de reunir el instante fugitivo con lo que perdura (Zambrano, 1986, p. 35) y de anticipar lo que todavía no es. Esta luz ilumina dando cierta unidad al tiempo cosmológico. La luz mediadora entre el día y la noche es la que debe emular la conciencia del tiempo, la cual, en la misma senda de la fenomenología, nos ofrece un tiempo que se mueve con la persona,

un tiempo mediador (el de la conciencia y el del discernimiento) entre un presente que no pasa, sino que se dilata hacia el pasado y hacia el futuro, como el presente viviente (*lebendige Gegenwart*)<sup>1</sup> fenomenológico. Podríamos decir que el presente zambrano, además de viviente, es auroral, en el sentido de que la luz del pasado alborea con la del porvenir.

Aunque la matice, Zambrano no renuncia, por tanto, a la luz de la razón, sino al racionalismo cartesiano -y, antes que al racionalismo del propio Descartes, al del cartesianismo- que ha conducido al estrechamiento del sentir y de la razón misma (2014a [1980], p. 593). Frente al racionalismo reduccionista, reivindica un nuevo racionalismo guiado por razones cordiales (Machado, Scheler), por las razones del corazón, de ese lugar interior, eje de las entrañas y sede del sentir: “Interioridad abierta; pasividad activa. Mediador sin pausa” (Zambrano, 2018 [1977], p. 121).

Gracias al corazón y a sus razones, la razón poética penetra en el logos oscuro para revelarlo, y así ella se amplía mientras trabaja mediando entre el exterior y el interior, entre el saber y el pensar, con el deseo de humanizar creativamente ese pensar que trasciende hacia el futuro, “que revela al hombre lo que es; le hace nacer [...]” (2014e [1969], p. 96). Se trata de un nacimiento a la libertad de pensamiento. Gracias a esta, los seres humanos hacemos proyectos orientados al futuro, mientras que las sabidurías siempre se reciben del pasado. Si hay filosofía es justamente porque esos saberes heredados no bastan; es necesario pensar, es decir, actuar para descifrar el sentir. Con ese fin, el pensar se ampara en la razón poética; así *ve* la filósofa eso que se le dio y que revela una dimensión pasiva en toda actividad.

Se sigue de esto que el pensar es, como decíamos, una actividad que instituye sentidos a lo largo del tiempo, pero también que el pensar es instituido por lo que no es él, por lo que le viene dado. Todo sentido, también el del pasado, se le revela al pensar, pero solo después de que el pensar haya instituido (“creado”) el pasado como tal, arrojando hacia atrás el presente (Zambrano, 2022a [1965], p. 997) y, al mismo tiempo, guardando su memoria. Ese pensar

---

1 He investigado este tiempo en mi reciente trabajo, titulado “Experiencia de la vejez y génesis del presente viviente” (López, 2024, pp. 245-273).

requiere una razón que también sea activa-pasiva, creativa y acogedora, en primer lugar, del tiempo.<sup>2</sup>

Ya en su primer libro, *Horizonte del liberalismo*, la filósofa sospecha de la razón dogmática que no tiene en cuenta el tiempo, que se cree eterna y desdeña “el humilde limo terrestre, donde el fermento del tiempo hace germinar la vida” (1996a [1930], p. 212). No solo tiempo y vida van de la mano, sino que una política revolucionaria debe contar con el tiempo, con el flujo de la vida, y no detener ni el dinamismo ni la dialéctica pensando que hay ideas eternas. Por lo que se refiere a la Razón, la razón que cuenta con el tiempo recupera lo que la razón abstracta olvida y eso que la razón instrumental reprime; se extiende incluso a la esperanza en las posibilidades no realizadas, y a la espera de lo inesperado. Como dice la filósofa, toda la historia podría titularse “historia de una esperanza en busca de su argumento” (1996b [1958], p. 46), esperanza, por tanto, razonada, que no consiste en esperar algo concreto, sino en un “movimiento íntimo e irrefrenable del trascender de la persona” (1964a, p. 16).

Mientras que la historia, desde la perspectiva de Ortega, es un tener que hacer nuestra vida en el tiempo, Zambrano, de nuevo, va más allá y cree que ese quehacer obedece a la esencia de la persona que es trascender. De ahí que, frente a la razón histórica, la razón poética sea el cauce de la esperanza y, por ello, “el conocimiento histórico tiene a su cargo el lograr que el hombre hacedor de historia se mire y se reconozca en ella, y vaya entrando en razón, encauzando sus más íntimas creadoras esperanzas” (1964a, p. 16).

La historia no es nada sin el reconocimiento de todos los seres humanos que formamos parte de ella, pero, a la vez, es la historia común la que nos ayuda a comprendernos y a plasmar la esperanza como apertura de un futuro, un futuro al que nos dirigimos desde el pasado. La filósofa no solo establece, sin embargo, que vivimos linealmente desde el pasado, sino también a la inversa:

---

2 I. Balza (2000) ha realizado uno de los más completos análisis del tiempo en Zambrano. Sin embargo, considera la pasividad y la otredad del tiempo en esta filósofa exclusivamente al modo kantiano (2000, pp. 59; 111). Nosotros pensamos, en cambio, que su concepción de la pasividad es fenomenológica, una pasividad en la actividad (López, 2007, 2013b). En realidad, Zambrano va más allá de Kant desde el momento en que plantea la multiplicidad de tiempos en la vida humana.

Del futuro, paradójicamente, depende el pasado, pues que miramos y elegiremos nuestro pasado, exaltaremos de él, algunas cosas, cancelaremos o haremos lo posible por cancelar otras, en función del futuro que nos llama y atrae, verdadero imán temporal (Zambrano, 2007, p. 154).

Hay modos diversos de hacerlo y, por tanto, de vivir el tiempo; así, por ejemplo, si predomina el pasado, se anega el futuro; el tiempo transcurre externamente y se siente como monotonía. El futuro puede oprimir tanto como el pasado cuando ahoga el tiempo que le ha precedido, cuando no media con el pasado y vacía así el presente. La mediación entre pasado y futuro es, por tanto, necesaria para vivir en el presente sin detener el tiempo. Se requiere una razón mediadora entre las diferentes dimensiones temporales.

Los diversos modos de vivir el tiempo dependen de la razón, la cual es asimismo temporal. Esto implica que no puede desentenderse ni del tiempo ni de la historia, pero quiere recuperar la historia que no es ajena a las personas, y que no consiste ni en un pasar de acontecimientos ni en la simple continuidad del pasado. Por eso, Delirio y destino distingue la Historia, llamada también “destino”, de la historia de España que se pone en movimiento desde el corazón (Zambrano, 2014d [1952], pp. 857-858), y que ya no tiene la pretensión fenomenológica de ir a las cosas mismas, sino más bien la de dirigirse al núcleo de las cosas. Esta “historia” se guía por las razones del corazón para adentrarse en él racionalmente; ha de ser tenida en cuenta cuando hablamos de la memoria histórica y cuando ponemos de relieve la necesidad zambranianiana de establecer una continuidad tras la guerra, una continuidad en la discontinuidad.

La concepción que la filósofa tiene de la historia es paralela a su comprensión de la realidad, la cual no es una mera yuxtaposición de datos. Tampoco es una realidad ya dada, sino que hay que buscarla y, después, descubrirla. De ahí que la actitud ante la realidad sea previa al desvelamiento y al conocimiento (Zambrano, 1993 [1965], p. 66). Puede ser mantenida tanto por el pensar (actividad) como por el sentir (pasividad), pues “al pensar descubrimos la realidad, al sentir descubrimos nuestra propia realidad. Realidad en sentido análogo a

la realidad exterior; lo que nos resiste” (2022b [1999], p. 915).<sup>3</sup>

Pensar lo que sentimos no sería posible sin la discontinuidad introducida por el pensamiento, es decir, sin esa distancia del flujo temporal, sin su detención o, mejor, sin que el sujeto haga un “hueco” en el tiempo, porque “la persistencia del vacío, es decir, de la distancia respecto al pensar, es la que lo hace posible justamente” (Zambrano, 2022b, p. 915). El vacío, término recurrente en la obra de Zambrano, manifiesta la necesidad de situarse fuera del espacio-tiempo sucesivo, así como la exigencia de algo inmóvil en el seno de la corriente o de la duración que es el tiempo del sentir o de la pasividad. Este vacío imprescindible para pensar es -dice la autora- algo que Ortega no había visto (2022b, p. 949).

## Lugar de la razón pictórica en la razón poética

Este lugar se refiere a una pausa y a una distancia voluntarias, a una suspensión espaciotemporal provisional que tiene asimismo una traducción en los cuadros, concretamente en su creación de un “espacio-tiempo vacío” que permite el movimiento “entre” la nada y el ser. Un ejemplo de ello lo aporta uno de los pintores más admirados por Zambrano, Ramón Gaya, el cual entiende el arte como hueco o “‘concavidad’ que acoge la realidad, hace resonar el mensaje desligándolo de la muda plenitud” (Cammarano, 2008, p. 20), dado que lo completamente lleno y acabado ya no interroga ni sugiere.

Zambrano, por su parte, vincula este espacio cóncavo y vivido con el tiempo, con el movimiento y sus intervalos; por ello, refiriéndose a la pintura de Gaya, asegura que sus cuadros “están” en el tiempo, antes que en el espacio, pues aparecen fluyendo, “como lugares de vida” (2019b [1989], p. 288) o lugares espacio-temporales en devenir, es decir, “lugares” *entre* la nada y el ser.

---

3 Aunque excede el objetivo del presente estudio, nos preguntamos si en el siglo XXI no sería necesario poner en cuestión este sentido de realidad en el que, como ha puesto de relieve Byung-Chul Han (2022), el mundo se disipa convirtiéndose en información. La digitalización priva a las cosas de materialidad y de resistencia; desencarna el mundo y abole la memoria llenando su vacío con grandes cantidades de datos (2022, p. VIII). Mientras que la memoria tiene una continuidad narrativa, lo digital es puramente numérico (2022, p. 4), un orden sin memoria ni articulación.



Estos lugares habitables, aunque carezcan de forma, son parte de la realidad y, por tanto, de la realidad pictórica. La actitud ante la realidad defendida por esta filósofa es, como vimos, tanto pasiva como activa, sentida y pensada. Hay, no obstante, un intervalo “entre” ambas dimensiones que da cabida a las diferencias que articula y que, en lo concerniente a los cuadros, se plasma, por el lado del pintor, en los espacios en blanco entre las pinceladas de color que dan cuenta del inacabamiento esencial de la obra, y, por el lado del espectador, en la necesidad de detener la mirada. El lugar privilegiado para hacerlo es justamente la pintura (2019b [1989], p. 218). Pararse a contemplar implica un despejar, un hacer el vacío que nos permite ver con sentido, aunque el sentido encontrado sea diferente del establecido. Estas detenciones -o “discontinuidades”, en términos de la filósofa-, no implican una pasividad absoluta, sino que conforman toda actividad, todo diálogo con lo otro para, posteriormente, volver a sí mismo con más luz.

¿Qué clase de luz puede ser esta? Zambrano declara que es la luz del espíritu la que “crea el vacío, que puede ser llamado ‘nada’” (2019a [1989], p. 115), es decir, la ausencia de sustancia aceptada por las criaturas que se saben -como los cuadros- inacabadas. El concepto de “fenómeno” característico de la investigación fenomenológica también está vacío de sustancia, ya que es algo que aparece o acontece ante una conciencia. De manera análoga, Zambrano asegura que “si hay cosas es sobre lo que las separa” (2019a, p. 116), sobre el vacío y, en suma, sobre lo que no es cosa.

El vacío es importante para descubrir la verdad de las cosas y de lo que acontece, al igual que para desarrollar una razón que da cuenta de ello, una razón mediadora, dialógica y no impositiva. En suma, el vacío es significativo para la razón poética porque ella crea como respuesta a la necesidad ontológica de enlazar el ser y el no-ser, y a la exigencia de expresar la experiencia (visible e invisible). De ahí que para Zambrano el vacío consista en un “entre” (López, 2018, pp. 276 y ss.) y en una concavidad tan acogedora como las cavernas en la que se originaron las primeras pinturas.

Por aparecer en tal concavidad y con los primeros seres humanos, así como por estar basada en la luz, la pintura es la más humana de

las artes en la comprensión de la filósofa. En efecto, la luz es esencial para la vida humana. Zambrano la concibe como vacío de sustancia, como lo invisible que hace ver y como forma que fluye sin prenderse ni en el pasado ni en el hechizo del futuro, ni siquiera en la memoria que la luz misma va creando (2019b [1989], p. 266), iluminando primero para permitir después fijar la atención.

Zambrano ilustra esta creación que es obra de la luz refiriéndose a los cuadros de Joan Miró, que no representan algo que ya fue, sino que fluyen como el viento -como decía el propio pintor- y viven en su propio tiempo. Al detener su mirada en la figura del gato escogido por Miró, entre los trescientos gatos que merodeaban por allí, para pintarlo y colgar el cuadro en su dormitorio de la masía, Zambrano percibe un símbolo del tiempo reposándose y, a la vez, fluyendo en un ancho presente -en el que se funden pasado y futuro-, inspirando así una felicidad ofrecida por la “memoria salvadora” (2019b [1989], p. 267).

Estas reflexiones ponen de manifiesto que en su obra *Algunos lugares de la pintura* -editada en 1989, pero cuyo texto fundacional, “Nostalgia de la tierra” es de 1933-, Zambrano sigue buscando una razón pictórica ligada a la poética (Chacón, 2015, p. 32) y que, como esta, no se limite a dar razones de lo pintado, sino que genere sentidos. Yo preferiría hablar, de nuevo, de una razón unitaria que evoluciona, que nunca deja de mediar entre los opuestos y que reúne en el logos las otras facultades humanas que fueron escindidas de él, en particular la sensibilidad, lo cual permite hablar incluso de una “razón estética” en Zambrano (López, 2010).<sup>4</sup>

Con esto quiero decir que, en la obra que Zambrano dedica a la pintura, el interés por los “lugares” sigue siendo filosófico, precisamente porque no renuncia a integrar la sensibilidad y el sentir en la razón, ni al logos humillado en el logos. En este sentido, aunque no elabora una teoría estética, se ha dicho con acierto que “su razón estética constituye una nueva estética” (Micheron, 2003, p. 240), la cual es creadora de expresión y cercana a la razón sentiente zubiriana. Esa razón estética, que yo he interpretado como razón ampliada a la *aísthesis* (López, 2013b, cap. III; 2023),

---

4 Chantal Maillard se refiere a la “razón estética” previa a la lógica y a su verdad, una razón que no necesita ser creída porque asume -en lugar de discriminar- los opuestos (2017, p. 21).

no está dada, sino que, como la actitud ante la realidad de la que hablamos, hay que quererla e investigarla.

Ocurre lo mismo con la búsqueda de la verdad en pintura: un cuadro es verdadero cuando hace ver, no cuando se le aplica determinada teoría estética. ¿Qué es lo que el cuadro hace ver? Lo que habitualmente no se ve, lo invisible, pero también todo lo que nos interpela, particularmente lo sensible que nos hace sentir, función sobre la cual la filósofa dice lo siguiente:

El sentir, pues, nos constituye más que ninguna otra de las funciones psíquicas, diríase que las demás las tenemos, mientras que el sentir lo somos. Y así, el signo supremo de veracidad, de verdad viva ha sido siempre el sentir; la fuente última de legitimidad de cuanto el hombre dice, hace o piensa [...] si algo tiene derecho y necesidad de historia es, precisamente, este vasto mundo denominado el sentimiento, pues su historia será la historia más verídica del hombre (Zambrano, 2012d [1989], p. 104).

Esta verdad de los sentimientos y de su fuente, así como la necesidad de hacer historia de ellos, parece haber hecho que en el siglo XXI surgiera el interés por estudiarlos en un buen número de disciplinas. Sin embargo, la filósofa asegura que lo propio de los sentimientos no sale a la luz al ser analizados, sino expresados, pues, como dijimos, la razón zambranianiana está unida a la expresión y “la expresión forma parte de la vida de los sentimientos” (2012d [1989], p. 104). Estos viven, entonces, en ese entrelazamiento que somos y en un hacerse constante. Esto indica que la verdad de los sentimientos es una verdad viva, no la verdad como adecuación de nuestros juicios a la realidad, sino otra más originaria, que ni siquiera es la *alétheia*, sino más bien una “revelación graciosa y gratuita, es decir, razón poética” (1939, p. 295). Esta no solo da cuenta de lo más verdadero, sino que se identifica con ello y le da expresión.

Esa verdad, más que la belleza, es la que Zambrano busca en las pinturas. Su coetáneo, Maurice Merleau-Ponty (1908-1961) -quien tampoco elaboró una teoría del arte- nunca dejó de interrogarse por el origen de la verdad y vio en la pintura el paradigma de una expresión que, como la reflexión filosófica, no era ni meramente subjetiva ni simplemente representativa del objeto. Afirmaba algo que, sin duda, la filósofa española hubiera suscrito: “La verdadera

filosofía es aprender a ver de nuevo el mundo [...]. La fenomenología tiene por tarea revelar el misterio del mundo y el misterio de la razón” (Merleau-Ponty, 1972 [1945], p. xvi).<sup>5</sup>

Ambos pensadores vinculan la experiencia con la razón y la expresión, que, por otra parte, no tiene ninguna vía privilegiada. Comprenden, por ello, la filosofía en sus imbricaciones con el arte, concretamente con la pintura (también a la inversa), porque son conscientes de que la visibilidad no se reduce a lo visible, de que no se pinta solo para ver, sino, como dice Zambrano, para “apresar mágicamente algo que huye y se escapa” (2019b [1989], p. 218). Aprehenderlo exige aprender a mirar, y “saber mirar un icono es liberar esa su esencia, traerla a nuestra vida” (2019b, p. 196). Como veremos, se diría que Zambrano suscribe la sentencia que aparece en *El Principito*: “Solo se ve claramente con el corazón. Lo esencial es invisible para los ojos” (Saint-Exupéry, 1987 [1949], p. 42; traducción propia).

Ni la filósofa ni el fenomenólogo eran pintores, pero, como decía el último, “no es ilegítimo que un profano, dejando hablar al recuerdo de algunos cuadros y de algunos libros, diga cómo interviene la pintura en sus reflexiones” (Merleau-Ponty, 1964, p. 63). Por su parte, Zambrano afirmaba que el hecho de no haber pintado nunca demostraba lo esencial que era para ella la contemplación pictórica (2019b [1989], p. 169). Lo importante es que ambos aprendieron a pensar asombrándose ante determinados cuadros que los interpelaron, contemplándolos y descubriendo sus secretos.

Tanto Zambrano como Merleau-Ponty quisieron llevar sus experiencias a la expresión de su sentido<sup>6</sup> y reflexionaron “sobre” los lugares en los que se producía tanto la experiencia como la

---

5 Sobre la similitud con Zambrano, véase López (2013b, pp. 166 y ss.). Desconocemos si Zambrano leyó a Merleau-Ponty. Debo a M.<sup>a</sup> I. Gómez el conocimiento de que, en una de sus cartas a Ferrater, la filósofa relata haber asistido a una de sus conferencias durante una de sus estancias en París, al parecer, en el verano de 1957 (Moreno, 2008, p. 711); esto es, antes de su carta a Ferrater escrita en Roma y fechada el 19 de julio de 1955. En cualquier caso, en su carta alusiva al fenomenólogo, la filósofa solo dice lo siguiente: “Escuché en conferencia a Merleau-Ponty; creo que no tuve mucha suerte”. Suponemos que esto se relaciona con lo que dice inmediatamente después: “[...] al volver [de París] he estado un tanto mal” (Zambrano y Ferrater, 2022, p. 147).

6 Zambrano afirma que una verdadera experiencia es la que revela el sentido (1939, p. 295), aunque es innegable que toda revelación se produce a lo largo de la historia y de la expresión.

revelación. “Experiencia” es, para Zambrano, experiencia de la vida y de nuestro sentir el tiempo, porque este es el fondo de la vida, y esta vida, la humana, solo desde él se destaca. “Experiencia” es, además, percatarse “de estar incorporado al lugar que el sujeto habitaba: su cuerpo, desde donde limitado, encerrado y defendido a la par, asiste y se sostiene la preexistencia” (2022b [1999], p. 856). La filósofa considera necesario rescatar ese lugar corpóreo del que la vida anónima va poco a poco transformándose en vida personal.

De manera análoga, es preciso rescatar el pasado para habitar el tiempo. El pasado no es sino un “hueco” entre las otras dimensiones temporales: el pasado como lo que ya no-es con vistas al no-ser-todavía; es decir, el pasado vivido que es esencial para completar el presente viviente y la experiencia que se hace en él y que necesita penetrar en lo oculto y lo negativo (Zambrano, 2022b, p. 856). A todo ello contribuye, sin duda alguna, la memoria.

## **El lugar de la memoria en la temporalización**

La memoria forma parte del saber zambraniano sobre el alma, el cual pone “orden en nuestro interior” (Zambrano, 2008a [1934], p. 24), de manera análoga a la memoria que ordena las vivencias temporales. Condición de esto último es que la razón haya mediado para que la memoria no se quede fijada y detenida en algo ni se reduzca a ser mera repetición. Zambrano aspira a transformar la memoria en “arte y sabiduría del tiempo” (2012a [1987], p. 124) que ampara el renacer del sentir y la libertad a la vez que unifica el tiempo, pues “las cosas para aparecer en un orden necesitan lugar, es sabido. Y como el lugar de las cosas en la vida humana es el tiempo, necesitan tiempo para entrar en un orden” (Zambrano, 2007, p. 166).<sup>7</sup> El tiempo es, pues, lugar de lo humano, pero los seres humanos habitan lugares espaciales a lo largo del tiempo. Muchos de ellos -por ejemplo, las cavernas y sus pinturas- han sobrevivido a sus habitantes.

---

7 A pesar de esta afirmación de Zambrano, seguiremos mostrando que el “lugar” al que se refiere a lo largo de *Algunos lugares de la pintura* es espaciotemporal. Podríamos, no obstante, seguir investigando en la obra de la filósofa esta conjunción que, a nuestro modo de ver, no supone tanto un desinterés por los espacios-lugares como una clara intención -en la línea de Bergson- de no reducir el tiempo a su dimensión física.

El tiempo humano es el tiempo sucesivo introducido por la conciencia. Requiere memoria que traiga el tiempo al presente, a un presente que solo desde el futuro -desde la vida personal- hace llegar su verdad, pues, como dijimos, la persona zambraniana se realiza trascendiéndose, buscando una verdad que no es solo certeza ni únicamente desvelamiento, sino también rectitud, y creando su propio tiempo -incluso en estos tiempos de posverdad-, pues el tiempo es nuestro horizonte. Crear tiempo es algo más: requiere un “sacrificio” consistente en hacer un vacío en él para luego recordar y pensar. De ahí que el tiempo de la persona sea un tiempo sustraído a la vida en aras de la vida de la persona que “respira en el tiempo y se alimenta de la verdad” (Zambrano, 2007, p. 167).

Sustracción o discontinuidad necesarias, de nuevo, y que también se aplican a la memoria activa, en especial si pretende ser crítica y desenmascaradora de la memoria triunfante -la cual no suele ser rescatadora de la memoria perdida, sino refrendadora de la establecida-, una nueva razón autocrítica consciente de sus desviaciones y reducciones. Las efectuaciones zambranianas de la razón poética ponen de manifiesto el carácter crítico de esta. Emplazada en ella, Zambrano, siguiendo a Bergson, al que afirma haber leído desde 1923 (2013 [1952], p. 935; nota 346, p. 1498), cree que la memoria es previa a la historia,<sup>8</sup> pues es tiempo acumulado en la duración, no tiempo cuantificado. Para la pensadora, “duración” es el tiempo del cosmos, un tiempo previo y sustentador del tiempo de la conciencia.

A diferencia de Bergson, no obstante, Zambrano, en la línea de la fenomenología, no disuelve las diversas dimensiones temporales

---

8 Como ha argumentado Antolín Sánchez Cuervo en “Memoria del exilio y exilio de la memoria”, historia y memoria no son sinónimos (2009, p. 3), aunque tampoco se oponen como si la primera fuera el fruto de una razón ilustrada y la segunda un sentimiento individual. Es muy interesante el título de su trabajo y, al hilo de este, la lectura que hace el autor de la defensa zambraniana de la memoria desde la perspectiva de los exiliados, en oposición al intento continuista de borrar el exilio de la memoria eliminando a los exiliados del pasado. Sánchez destaca en este sentido las posibilidades emancipadoras de la memoria del exilio frente a su desmemoria. Por otra parte, distingue radicalmente la memoria de la tradición de la memoria crítica que se concentra en los “no-hechos” (p. 4), en las posibilidades incumplidas que también forman parte de la realidad y en la historia sacrificial, rescatada por Zambrano frente a la historia de meros “hechos” y a la historia acumulativa del pasado no resuelto.

en la duración, sino que las considera modos de la temporalización personal. La memoria zambranaiana es eminentemente personal e interpersonal, mientras que Bergson inscribe la memoria en la duración, pues “duración” es continuación de lo que ya no es en lo que es y, por ello,

[la duración] es memoria, pero no memoria personal, exterior a lo que retiene, distinta de un pasado cuya conservación asegura; es una memoria interior al propio cambio, memoria que prolonga el antes en el después y les impide ser puras instantáneas que aparecen y desaparecen en un presente que renace sin cesar (Bergson, 1992 [1922], p. 41).

Al final del cuarto capítulo de *Materia y memoria*, el filósofo francés definirá con más precisión la memoria como “la síntesis del pasado y del presente con vistas al futuro” (Bergson, 1989, p. 354), una síntesis que, en realidad, lo que hace es prolongar el pasado en el presente que conserva cada una sus diferencias con vistas a su aplicación, no a la esperanza zambranaiana en un futuro de trascendencia personal. La memoria bergsoniana nos introduce en el pasado, pero es la vida misma del espíritu evocada por un acto presente. Zambrano prioriza asimismo la memoria sobre la materia y la asocia con el espíritu ordenador de *la durée*. Los sentidos, por su parte, se subordinan a la memoria, porque son incapaces de unificar: “[...] no nos traen nada más que aspectos desgajados de la vida perdida unitaria” (Zambrano, 2019b [1989], p. 204). Recuperar esa unidad es tarea de la memoria.

Como en Bergson y en los grandes filósofos, en toda la obra de Zambrano hay un vivo interés por el tiempo tanto personal como sociohistórico, hasta el punto de que “en la vida humana lo decisivo es el tiempo” (2008b [1950], p. 45). Hay que tener en cuenta, no obstante, que su concepción del tiempo no es ni identitaria ni reduccionista, sino que, a semejanza de la esencial heterogeneidad de la vida descrita por la autora, reconoce diversas dimensiones temporales, e incluso una multiplicidad de tiempos,<sup>9</sup> cada uno de los cuales conlleva un ritmo diferente y una diversa articulación entre pasado, presente y futuro.

---

<sup>9</sup> Zambrano descubre esa multiplicidad en los sueños, a los que, según dice ella misma, “entró por la razón poética” (2014 [1980], p. 593).

El interés zambranio por el tiempo está, por tanto, enlazado con su forma de entender la vida, siempre en movimiento, fluyendo, pero a la vez, a diferencia de la duración bergsoniana y en continuidad con Ortega y Gasset, la filósofa afirma que “la vida no dura, no permanece, se hace” (1996b [1958], p. 149). La vida no es, pues, algo que ya viene dado de una vez por todas, sino “algo que se gana [...] algo que por minúsculo que sea es creación, y, por serlo, sigue creando y se perpetúa” (1996b, p. 146). Debido a ello, la determinación esperanzadora hacia el futuro que abre el tiempo creador de la persona contrasta con la prioridad que detenta el pasado en Bergson. De ahí la afirmación de la autora según la cual, “si el futuro se cierra, existe solamente el pasado y el presente se torna irreal” (1996b, p. 159). El tiempo hundido en el pasado y obsesionado con el paso del tiempo no contribuye a densificar el presente, sino que produce melancolía. En cambio, la memoria del pasado fluyendo en el presente y hacia el futuro posibilita la trascendencia de la persona, la cual va más allá del “hacerse” orteguiano y del ser-para-la muerte de Heidegger.

Como Locke, la escritora vincula la creación de la “persona” con la unificación por la memoria. Esta no es un mero conjunto de impresiones acumuladas a lo largo de la vida, sino la continuidad de la vida individual, social y humana (Zambrano, 1975, p. 89) con un sentido de unidad que se refleja en los hechos, en los proyectos y en nuestros recuerdos de ellos. Memoria no solo es, pues, regreso al origen, a la fuente de la que emanan los recuerdos, sino que, al continuar esa fuente fluyendo y al no ser la memoria ni un mero contenedor ni una mera retención, también unifica y recupera, a pesar de la irreversibilidad del tiempo objetivo.

A diferencia de lo que ocurre en este, el tiempo que se hace pasado no desaparece y, por eso, su memoria posibilita que haya historia y conciencia histórica, una conciencia ordenadora de las fases del tiempo y de las edades, esa conciencia que Zambrano no solo ve como conocimiento, sino principalmente como “responsabilidad histórica” (1996b [1958], p. 31), pues opera en ella una razón que es, en un sentido análogo a la razón fenomenológica, teórico-práctica y axiológica. Esta es la razón que conviene al saber sobre el alma. En



este marco, Zambrano persigue una “ética de la historia o una historia en modo ético” (1996b, p. 36). Bergson, en cambio, no nos mostraba cómo podíamos escapar del presente y constituir la conciencia del paso del tiempo, pues este no era sino un dato inmediato para la conciencia, no temporalización.

Podría parecer que, para Zambrano, solo el futuro tenga la capacidad de ser creativo, pero, en realidad, únicamente crea el futuro que redime los errores del pasado y el que no es ni repetitivo ni previsible, sino verdadero porvenir. También la pintura redime recuperando el pasado e interpretando su lado oscuro. Goya y los clásicos lo han hecho, pero también Picasso (Zambrano, 2019b, p. 262). Ahora bien, ¿puede ser creativo el pasado? Responderíamos con la filósofa que podría serlo si se viera ayudado por una memoria creadora “que anuncie la aparición de un medio donde lo a medias vivido encuentre modo de ir naciendo” (2014e [1969], p. 89), una memoria que no estanque ni reitere, sino que dé tiempo para crear y crearse. Lo hace rescatando del poder arrollador del tiempo lo que no llegó a vivirse del todo “para que recobre el tiempo que se le retiró” (2014e, p. 91). “Memoria que rescata” (2003, p. 468) y rescatar lo aparentemente perdido u olvidado es la función originaria de la memoria zambranianiana. Esta memoria rescata el tiempo robado mientras clarifica el pasado.

Esta memoria no existe en Bergson, como tampoco lo hace la memoria personal, la cual no se corresponde con ninguno de los dos modos de memoria diferenciados por él:

1. La memoria-hábito o práctica, que sirve para reconocer y adaptarnos a las situaciones y produce “recuerdos-imágenes” voluntarios. Es obra del esfuerzo y de la repetición, y nos traslada al pasado útil para el presente.

2. La verdadera memoria o memoria “pura”, denominada así por ser una manifestación completamente espiritual que explora de modo desinteresado el pasado y da lugar a puros recuerdos (Bergson, 1989, p. 292). Nos lleva al pasado puro o a la experiencia vivida conservada en su integridad, la cual no es la conciencia del pasado. Estas dos modalidades extremas solo se producen en casos excepcionales; en la vida normal están implicadas (Bergson, 1989,

p. 296). Fue Proust quien las separó todavía más designándolas como memoria voluntaria e involuntaria, respectivamente.

Solemos asociar la razón con el presente y con la memoria práctica bergsoniana, mientras que su memoria pura evoca más bien la poesía que nos lleva a esos instantes vividos que colorean nuestro presente. Es posible que esta última relación se deba a que la poesía nace como memoria de un ritmo cercano al conocimiento íntimo de las cosas y para ser declamada.

Si antes dijimos que memoria e historia no son lo mismo, ahora añadimos algo todavía más evidente: la historia no es poesía y, por ende, tampoco se identifica con la segunda clase de memoria bergsoniana. Sin embargo, la poesía dignifica la historia real y, a veces, también critica su crudeza; es, entonces, poesía mediadora entre la nostalgia de los paraísos perdidos y el tiempo histórico (Zambrano, 2008b, p. 48). La razón, en cambio, se dirige al futuro desde el presente, pero, como estamos viendo, solo la razón poética y la memoria *poiética* median verdaderamente entre el presente que fue y el que será. Ellas son, por tanto, el “lugar” del “entre”.

La razón poética de Zambrano hace que la memoria sea, como ella misma, mediadora, incluso entre los dos modos de memoria bergsonianos. La memoria también necesita mediar tanto entre los recuerdos instantáneos que afloran pasivamente y los recuerdos voluntarios como entre el pasado congelado y el futuro abierto. Ella es hilo conductor de nuestro pasar por el tiempo que pasa; memoria como lazo de unión entre mi yo y lo otro que siempre lo acompaña, entre pasado, presente y futuro.

No es, por tanto, la memoria involuntaria la que le interesa a Zambrano, sino la memoria consciente que, sin embargo, a diferencia de la primera modalidad bergsoniana, ni es repetitiva ni útil para el presente, sino ordenadora de lo que ya no es para trascender en la verdad. Además, la memoria integrada en la razón poética rescata incluso lo que habita en los ínferos del alma. Esta razón es “una razón más ancha” que se desliza “por los interiores, como una gota de aceite que apacigua y suaviza, una gota de felicidad” (Zambrano, 2003, p. 102).

La razón poética es capaz de adentrarse en los ínferos de la memoria, región que no atañe únicamente a los impulsos

coartados por la conciencia, como pensaba Freud, sino a los lugares espaciotemporales del sentir originario. Zambrano considera que el inconsciente freudiano olvidó esos lugares y, con ellos, la primera de todas las inhibiciones, la del tiempo que corre y deja atrás “el ancho presente que necesita lo que se siente” (2003, p. 92).

La memoria, como la razón, media entre la vida personal y sus ínferos; además, es mediadora por ser *poiética* y, concretamente, por producir un modo de volver a ver y por renovar con esta nueva mirada lo ya vivido, haciéndolo renacer. “[Y] sin renacer, nada es del todo vivo” (Zambrano, 2014e [1969], p. 85), sino que la vida se reduce a un mero pasar ante un sujeto que también necesita volver a nacer en un refluir del tiempo, en un nuevo modo de temporalización que no sea solo el tiempo lineal impuesto por la conciencia.

Así pues, por un lado, la memoria necesita ordenar los acontecimientos que pasan, pero, por el otro, Zambrano es consciente de que mientras esta memoria ejerce su función mediadora, “amenaza con su mediatización a costa de la diafanidad, interponiéndose” (2014e, p. 86). Este aspecto revela que se trata, sin lugar a dudas, de una memoria entrañada en el lugar del pasado a la vez que vindicativa de él en un presente ensanchado que se sigue de la rehabilitación zambraniana de una razón “más ancha”.

La memoria contribuye a esa ampliación porque es “mayéutica”, comadrona y nodriza del pensamiento (Zambrano, 2014e, p. 85), memoria intermediaria entre el saber y el pensar. En efecto, no se puede pensar -la realidad exterior e interior- sin memoria, sin una retentiva de los acontecimientos, los pensamientos y los saberes adquiridos. Además, la atención está ligada -ya sea *a priori* o *a posteriori*- a las dos memorias bergsonianas a las que nos hemos referido, así como al asombro que, como dice Zambrano, es la madre del pensamiento tanto como de la memoria, en especial de “la memoria que no es tanto recordar lo olvidado como tener presente” (citado en Trapanese, 2018, p. 188). La filósofa se refiere a la memoria que rescata para vivificar el presente, a la que integra los dos polos del olvido -del pasado luminoso y del triste- en la conciencia ensanchada.

Con referencia al olvido, Zambrano asegura, en la línea de Husserl, que no existe, que es una insondable memoria involuntaria

que, a veces, restituye llevando a su “lugar” por un instante lo que parecía definitivamente perdido: “El lugar del olvido es el lugar donde un instante puede surgir con más intensidad aún que cuando fueron vividos todos esos momentos ‘olvidados’” (2007, p. 61). El olvido es, de nuevo, un lugar espacio-temporal, puesto que es olvido de un pasado que huyó sin llegar a vivenciarse o a constituirse en un horizonte de hechos. En todo caso, el pasado definitivamente olvidado sería el pretérito, la forma peyorativa del pasado que pasa sin trascender (Balza, 2000, p. 107).

En suma, la memoria integradora permite un refluir del tiempo que se hallaba o bien estancado en el pasado o bien vacío -no acogido- en el hueco del futuro. Ese refluir rescata lo ya vivido y presta profundidad al presente. De este modo trasciende el presente superficial -sin pasado ni futuro- que, si nos atrapa, nos convierte en exiliados en el tiempo (Trapanese, 2018, p. 189), algo que, para Zambrano, sería incluso peor que estar exiliada en otro espacio, puesto que este, a pesar de todo, una vez habitado e integrado resulta ser “esencial” para su vida.<sup>10</sup>

## **A modo de conclusión: habitando “lugares”**

Para Zambrano, el “lugar” de la vida humana es el tiempo ordenador de lo que ya vivimos en el pasado y de lo que proyectamos vivir trascendiendo. Para establecer un orden, se debe contar con la memoria, la cual es una modalidad activa de temporalización personal que trabaja para unir lo escindido y para crear, es decir, para hacer que el pasado se integre en el presente y emerjan posibilidades de esta articulación, pues la filósofa cree firmemente que el pasado fecunda y es fecundado (2022 [1999], p. 949). De manera análoga, el primer exilio de Zambrano, lejos de interrumpir su futuro -el tiempo de trascender-, fue tan fecundo que dio origen a lo que ha

---

<sup>10</sup> No es el objeto de este estudio equiparar memoria y exilio en esta filósofa, pero vale la pena mencionar que Zambrano siempre consideró el suyo como una dimensión esencial de su vida, como una recuperación de su pasado que a la exiliada se le hace presente porque lo eleva, en lugar de arrastrarlo, con el corazón. Esta actitud vertical del pasado se contrapone a “la actitud trágica de España” que borró el pasado de los que se fueron (Zambrano, 2014c [1989], p. 777).

sido más característico de su filosofía: la búsqueda de mediación entre filosofía y poesía hasta “ejecutar” -más que tematizar- una razón poética que conjuga razón y memoria, superando así la mera rememoración y la fijación, con la intención de pensar las experiencias en el tiempo imparabable.

Difícilmente se puede pensar y conocer la realidad sin memoria. Como hemos visto, la filósofa piensa que la actitud originaria ante la realidad no es tanto el conocimiento de algo ya dado como la búsqueda a través del tiempo. Este esfuerzo indagatorio parece ser más característico del arte plástico que de la inspiración poética, aunque, en nuestra opinión, también es necesario en esta, pues los versos no se revelan sin ir en busca de la palabra adecuada. Al margen de esta posible discusión, lo que nos interesa subrayar aquí es que, frente a la deshumanización del arte proclamada por Ortega, Zambrano afirma que la indagación pictórica es otro rasgo confirmatorio de que la pintura es la más humana de las artes, nacida en las cavernas y nutrida por la luz.

Considera la filósofa, por otra parte, que el arte del siglo XX acrecentó la conciencia histórica, la preocupación por el destino (Historia) unida a la angustia producida por un mundo lleno de formas acabadas y realidades oscuras (2019b [1989], p. 304). Los cuadros ponen en cuestión las primeras para mostrar la complejidad de la realidad siempre en movimiento, el devenir que incluye la progresiva aparición de lo recóndito, del “espacio entrañable, cualitativo [...] el espacio en el que las figuras de esos cuadros de Soriano aparecen”. Se trata de un “[e]spacio abierto en una interioridad” (2019b, p. 305) y, por tanto, no reducible a una simple forma *a priori* de la sensibilidad, sino que podríamos considerarlo como una materialización del pensamiento. Esto es lo que designa el “lugar” *entre* lo externo (asociado siempre al espacio) y lo interno (asociado secularmente al tiempo) que fue anegado por el espacio objetivado, pero que es iluminado tenuemente por la razón poética, presente también en la pintura, ya que, como vimos, razón y expresión están unidas, y “poética” es *poiésis* o generatividad.

La razón poética no es solo la facultad de deliberar y juzgar, sino también la de articular nuestra vida en el mundo y con los otros,

desde el pasado hacia el futuro personal e intergeneracional. Por el cauce de dicha razón, la memoria se torna mediadora y su originaria función rescatadora revela ser tanto activa y vindicativa como pasiva.

El lugar del saber sobre el alma -“entre” el pensar (activo) y el sentir (pasivo)- es, por tanto, lo entrañado. Pero ¿es ese también el lugar de la filosofía? Zambrano parece creerlo así cuando insiste en el asombro, la búsqueda y el amor, que han sido términos presentes en las definiciones originarias de la filosofía. Sin embargo, siempre subraya el esfuerzo doloroso que supone filosofar frente a la revelación graciosa de lo no buscado. Remontándose a los orígenes de la filosofía, encuentra su lugar en una actividad que era el vivir verdadero, el “lugar” encarnado por Sócrates al deambular por las calles de la ciudad (Zambrano, 1964b).


Esto implica que el saber filosófico no es el de un espectador desinteresado, sino que se desarrolla en contacto con los otros y descendiendo incluso a los ínfimos. Por otra parte, la autora comprende aquí la “ciudad” como un lugar desde el que se transfiere el sentido y, por tanto, como un lugar geográfico e histórico en sentido amplio, es decir, como un modo de emplazarnos que siempre llevamos con nosotros, como “estilo de vida” (2012b [1964], p. 21).

“Lugares” son, pues, estancias encarnadas, *tópoi* y espacios habitables, concavidades en las que detenerse como nos detenemos ante el blanco del papel o del lienzo y ante las cosas que nos interrogan. Podríamos preguntarnos si en el siglo XXI siguen cuestionándonos y sorprendiéndonos. Byung-Chul Han va más allá, hasta sentenciar que las cosas han desaparecido y han cedido su lugar a la información y a los datos inmediatos.

Ahora bien, cuando todo resulta accesible y está disponible al instante, ya no es posible detenerse a pensar y a mirar introduciendo esa necesaria discontinuidad en el fluir. En palabras de Han, en nuestra era de la información, de las no-cosas, “la mirada no se demora, sino que, como la del cazador, deambula sin permanecer” (2022, p. 78). En cambio, cuando localizamos algo, cuando lo encontramos desde el propio lugar, “las cosas abren nuestra *mirada*, una *mirada para los sitios*” (Han, 2022, p. 91).

Zambrano no llegó a esta era, pero fue muy consciente de la importancia de los lugares. Hasta los paisajes naturales, en particular

los españoles, explicaban la riqueza plástica de España, para no hablar de “la calidad permanente de la primera circunstancia de nuestra vida: el lugar” (2019b [1989], p. 208), un primer círculo que nunca se deja atrás. Se refiere, ante todo, al lugar interior y profundo del corazón que abre a la filósofa a la historia de España y, en general, a los lugares del sentir originario.

Zambrano se interesaba por la vinculación del tiempo con el espacio, o mejor, por la conexión del lugar con los lugares: lugares espaciotemporales, simultaneidad espacio-tiempo semejante al exilio temporal-espacial. Constataba la pluralidad de los tiempos de la vida -que no es solo la del ser humano- y la sincronía necesaria para vivir, “sincronía” entendida como tiempo propio y como “corazón del tiempo, que con su latir sujeta y unifica, sincroniza las diversas series del tiempo vividas a la vez por el sujeto” (2022 [1999], p. 897). Para ella, la integridad espacio-tiempo era la vida misma. Esto demuestra que la concepción zambranianiana del lugar es subjetivo-objetiva, un hueco interior hacia el exterior y una profundización de este por las sinuosidades de las entrañas. 

## Referencias

- Balza, I. (2000). *Tiempo y escritura en María Zambrano*. Iralka.
- Bergson, H. (1989 [1896]). *Matière et mémoire. Essai sur la relation du corps à l'esprit*. PUF.
- Bergson, H. (1992 [1922]). *Durée et simultanéité*. PUF.
- Cammarano, L. (2008). Gaya: la elegancia del realismo. En vv. AA., *Ramón Gaya, antológica 1948-1999* (pp. 29-32). Museo R. Gaya.
- Chacón, P. (2015). La pintura como lugar de revelación en María Zambrano. *Aurora*, (16), 28-41. <https://doi.org/10.1344/Aurora2015.16.3>.
- Han, B.-C. (2022). *Non-things. Upheaval in the Lifeworld* (D. Steuer, Trad). Polity Press.
- López Sáenz, M.<sup>a</sup> C. (2007). Los sueños, el tiempo y la pasividad. M. Zambrano y la fenomenología. *La Lámpara de Diógenes*, 8(14-15), 59-77.

- López Sáenz, M.<sup>a</sup> C. (2010). Razones estéticas. Zambrano y Merleau-Ponty. *Boletín de Estudios de Filosofía y Cultura M. Mindán*, V, 205-232. <https://n9.cl/yxkes>.
- López Sáenz, M.<sup>a</sup> C. (2013a). Aproximación fenomenológica a la razón mediadora de Zambrano. Intuición y creación. *Revista de Filosofía*, 38(2), 35-59. <https://goo.su/Bkbx9IN>.
- López Sáenz, M.<sup>a</sup> C. (2013b). *Dos filosofías del sentir*. M. Merleau-Ponty y M. Zambrano. *Perspectiva fenomenológica*. Editorial Académica Española.
- López Sáenz, M.<sup>a</sup> C. (2018). Entre filosofía y no-filosofía. Un silencio, una espera, una conciencia. *Éndoxa*, (42), 255-284. <https://doi.org/10.5944/endoxa.42.2018.21827>.
- López Sáenz, M.<sup>a</sup> C. (2023). De camino al sentir por la *aisthesis* y el *logos* que la habita. En diálogo con Renaud Barbaras. *Investigaciones Fenomenológicas*, (8), 197-228. <https://doi.org/10.5944/rif.8.2023.38012>.
- López Sáenz, M.<sup>a</sup> C. (2024). Experiencia de la vejez y génesis del presente viviente. En M.<sup>a</sup> C. López y C. Moreno (Eds.), *Del tiempo. Perspectivas fenomenológicas* (pp. 245-273). Dykinson.
- Maillard, C. (2017). *La razón estética*. Galaxia Gutenberg.
- Merleau-Ponty, M. (1964). *L'Œil et l'Esprit*. Gallimard.
- Merleau-Ponty, M. (1972 [1945]). *Phénoménologie de la perception*. Gallimard.
- Micheron, C. (2003). Introducción al pensamiento de María Zambrano. *Logos. Anales del Seminario de Metafísica*, (36), 215-244. <https://n9.cl/aufhl>.
- Moreno Sanz, (2010). El exilio de María Zambrano en Morelia. La gestación de la razón poética. En J. Valender y G. Rojo (Coords.), *Los refugiados españoles y la cultura mexicana* (pp. 237-260). El Colegio de México.
- Moreno Sanz, J. L. (1996). Estudio introductorio. La política desde su envés histórico-vital: historia trágica de la esperanza y sus utopías. En M. Zambrano, *Horizonte del liberalismo* (pp. 9-193). Morata.
- Moreno Sanz, J. L. (2008). *El logos oscuro: tragedia, mística y filosofía en María Zambrano*. Verbum.
- Saint-Exupéry, A. de (1987 [1949]). *Le Petit Prince*. Gallimard.



- Sánchez Cuervo, A. (2009). Memoria del exilio y exilio de la memoria. *Arbor*, 185(735), 3-11. <https://doi.org/10.3989/arbor.2009.i735.260>.
- Trapanese, E. (2018). *Sueños, tiempos y destiempos. El exilio romano de María Zambrano*. Universidad Autónoma de Madrid.
- Zambrano, M. (1939). *Pensamiento y poesía en la vida española*. Endymión.
- Zambrano, M. (1964a). El hombre ante su historia. *Educación. San Juan de Puerto Rico*, (12), 11-17.
- Zambrano, M. (1964b). El lugar de la filosofía. *Educación*, 8(11), 76-79.
- Zambrano, M. (1975). La barca de oro. Introducción a la memoria. *Educación. San Juan de Puerto Rico*, (39), 89-90.
- Zambrano, M. (1986). *De la aurora*. Turner.
- Zambrano, M. (1989 [1977]). La experiencia de la historia (después de entonces). En *Senderos* (pp. 11-25). Anthropos.
- Zambrano, M. (1993 [1965]). La actitud ante la realidad. *Philosophica Malacitana*, (Suplemento 1), 65-70. <https://n9.cl/8xfqj>.
- Zambrano, M. (1996a [1930]). *Horizonte del liberalismo*. Morata.
- Zambrano, M. (1996b [1958]). *Persona y democracia*. Siruela.
- Zambrano, M. (2003). *La razón en la sombra. Antología crítica* (J. L. Moreno Sanz, Ed.). Siruela.
- Zambrano, M. (2006a [1956]). La filosofía de Ortega y Gasset. En *Escritos sobre Ortega* (R. Tejada, Ed., pp. 129-139). Trotta.
- Zambrano, M. (2006b [1956]). Ortega y Gasset filósofo y maestro. En *Escritos sobre Ortega* (R. Tejada, Ed., pp. 140-145). Trotta.
- Zambrano, M. (2007). *Filosofía y educación* (Á. Casado y J. Sánchez-Gey, Eds.). Ágora.
- Zambrano, M. (2008a [1934]). Hacia un saber sobre el alma. En *Hacia un saber sobre el alma* (pp. 21-34). Alianza.
- Zambrano, M. (2008b [1950]). Apuntes sobre el tiempo y la poesía. En *Hacia un saber sobre el alma* (pp. 45-50). Alianza.
- Zambrano, M. (2008c [1944]). Poema y sistema. En *Hacia un saber sobre el alma* (pp. 51-58). Alianza.

- Zambrano, M. (2008). *Hacia un saber sobre el alma*. Alianza.
- Zambrano, M. (2012a [1987]). Del método en filosofía. *Anthropos. Boletín de Información y Documentación*, (2/extra), 120-125.
- Zambrano, M. (2012b [1964]). La Ciudad. *Aurora. Papeles del Seminario María Zambrano* (pp. 18-23). <https://n9.cl/u639q>.
- Zambrano, M. (2012c [1987]). Para entender la obra de María Zambrano. Texto manuscrito conservado en la Fundación María Zambrano (M-317). *Aurora: papeles del Seminario María Zambrano* (pp. 92-93). <https://goo.su/GJRx9>.
- Zambrano, M. (2012d [1989]). Para una historia de la piedad. *Aurora. Papeles del Seminario María Zambrano* (pp. 103-107). <https://n9.cl/8bepx>.
- Zambrano, M. (2014a [1980]). Algunas estaciones del itinerario de la razón poética. En *Obras Completas VI* (t. 1, pp. 591-593). Galaxia Gutenberg.
- Zambrano, M. (2014b [1987]). A modo de autobiografía. En *Obras Completas VI* (t. 1, pp. 715-727). Galaxia Gutenberg.
- Zambrano, M. (2014c [1989]). Amo mi exilio. En *Obras Completas VI* (t. 1, pp. 777-779). Galaxia Gutenberg.
- Zambrano, M. (2014d [1952]). *Delirio y destino*. En *Obras Completas VI* (t. 1, pp. 803-1108). Galaxia Gutenberg.
- Zambrano, M. (2014e [1969]). El ir y venir de la memoria. En *Notas de un método. Obras Completas IV* (t. 2, pp. 3-153). Galaxia Gutenberg.
- Zambrano, M. (2018 [1977]). *Claros del bosque*. En *Obras Completas IV* (t. 1, pp. 55-172). Galaxia Gutenberg.
- Zambrano, M. (2019a [1989]). *Notas de un método*. En *Obras Completas IV* (t. 2, pp. 3-152). Galaxia Gutenberg.
- Zambrano, M. (2019b [1989]). *Algunos lugares de la pintura*. En *Obras completas IV* (t. 2, pp. 153-356). Galaxia Gutenberg.
- Zambrano, M. (2022a [1965]). *El sueño creador*. En *Obras Completas III* (pp. 983-1098). Galaxia Gutenberg.
- Zambrano, M. (2022b [1999]). Los sueños y el tiempo. En *Obras Completas III* (pp. 830-956). Galaxia Gutenberg.

Zambrano, M. y Ferrater Mora, J. (2022). *Epistolario Zambrano-Ferrater 1944-1977* (M. Osset Hernández, Ed.). Renacimiento.